Lecturas

La conquista del Gran Norte

Javier Pascual cuenta la vida de frontera en una de las mejores novelas españolas de la temporada

EDUARDO SAN JOSÉ

Tal vez porque sus territorios pasaron a los Estados Unidos, la conquista española del Gran Norte americano quedó oscurecida por la posterior gesta de los pioneros anglosajones en su Lejano Oeste, entre comanches, apaches o navajos que así aprendimos a escuchar con oído inglés. Pero ésta había sido precedida por la epopeya de los españoles en California, Arizona o Nuevo México. Figura ya en el alucinado testimonio de los **Naufragios** (1542) del jerezano **Álvar Núñez Cabeza de Vaca**, crónica que quizá tuvo que esperar a **Una excursión a los indios ranqueles** (1870), del coronel argentino **Lucio Mansilla**, para conocer igual altura en el relato de un occidental que se naturalizaba entre los nativos –en este caso, del sur americano–: dos maravillas que no habría concebido el mejor novelista.

Esto o casi tanto encontramos en la que podría ser una de las mejores novedades en español de la temporada, la novela del madrileño **Javier Pascual** (1966) **Los acasos**. Cruce de géneros entre la crónica, el relato de cautivos y la novela epistolar, **Los acasos** abona la esperanza de hacer metaliteratura (los obligados juegos de narradores, paratextos y demás espejismos posmodernos) sin desprenderse del don de narrar. Se podría unir en esto a dos debilidades personales: **La gruta del Toscano** (2007), del mexicano **Ignacio Padilla**, y esa perla del catalán **Albert Sánchez Piñol** que es **La piel fría** (2004, trad. al castellano de 2005). Cuánta falta hacía esto; una buena novela que no sólo aboca a los baldíos de la teoría, sino a los horizontes más anchos de la condición humana: aquí, al dilema entre el destino y la voluntad.

La novela cuenta la vida de frontera del teniente Moisés Mújica, criollo mexicano de origen español de fines del siglo XVIII, a través de sus cartas e informes. Años después de su incierta muerte, éstos son ordenados y anotados por el escribano castrense que debe hacer su elogio fúnebre. A través de esta escritura mediatizada, donde trasluce el hastío, la traición y el temor a ambos, revivimos sus desventuras y gozos (el amor de la india Pasos Ligeros) como cautivo de los apaches coyoteros, su fuga y su comisión como agente más informado para la aculturación pacífica de los indios, ya que «las moscas se cazan con miel y no con hiel» (pág. 134). Sin caer en un consabido relativismo, la bendita paradoja por la que el bárbaro pasa a ser el más civilizado y sabio de los humanos y a la inversa (el cine parece aceptarla mejor para hacer buenas historias: **Bailando con lobos**, o incluso **Avatar**), Mújica nos hace testigos de la política, la ética y las contradicciones de la conquista y de la resistencia.

El relato lo guía una estudiada prosa que no intenta ser un remedo dieciochesco, sino un diestro añejamiento de la lengua que regala los sentidos. Valga un ejemplo. A su regreso al anodino y torpe mundo civilizado, Mújica cae en la cuenta de que del otro lado ha podido, ha tenido, que vivir: «la demora de un parto en las montañas, el ruido de las piedras al tundir los cadáveres bajo el envoltorio, los mordiscos del hambre en las tripas, el dolor del frío en los pies, el miedo a morir antes de la batalla, el restallido de los truenos antes de la lluvia, el golpeo del agua sobre los cueros tensos del habitáculo, el sexo amordazado al otro lado de la piel, el primer alarido de las viudas, el asado de un caballo bajo tierra […], el murmullo de las risas y el susurro de las historias» (pág. 103). Me quedo tranquilo si ahora no hacen caso de esta novela. Les volverán a hablar de ella.

Los acasos
Javier Pascual
Mondadori, 251 páginas.

Después del fin de la historia

Las contradicciones cubanas y las incomodidades de Occidente nutren **El mapa de sal,** de **Iván de la Nuez**

ALFONSO LÓPEZ ALFONSO

A principios de los años noventa **Francis Fukuyama** pronosticaba en un libro el fin de la Historia. Entendía que tras la caída del muro de Berlín triunfaba definitivamente el liberalismo democrático, pues se había arruinado sin remedio el modelo comunista. Era una época en que los que no mucho tiempo atrás coreaban slogans de Fidel se apuntaban a la cultura del pelotazo y los oportunistas disfrazados de visionarios se convertían en gurús de cierta intelectualidad. Ese sabio filtro que es el tiempo se ha encargado de poner a Fukuyama y su best seller en el lugar que les corresponde: el de mera anécdota propagandística de un sistema que paga muy bien a quienes se encargan de legitimarlo. **Iván de la Nuez**, un cubano fuera de Cuba, publicó ya en 2001 este **El mapa de sal** que ahora reedita Periférica, libro de llamativa rareza en el que también se pone como primer motor, como Big Bang, la caída del Muro: «En Berlín, ciertamente, la historia moderna y la cultura occidental explotaron física (y simbólicamente) en múltiples pedazos para dar paso a una inundación que ha transformado la configuración espacial del mundo».

El mapa de sal
Iván de la Nuez
Periférica, Cáceres, 2010

Mezclando ensayo y autobiografía De la Nuez toma la sal como metáfora para hablar de las contradicciones del mundo de procedencia –la Cuba castrista– y poner de manifiesto las incómodas realidades del mundo al que llega: el Occidente globalizado que no aspira a salvar a nadie salvo a sí mismo. La caída del Muro fue como una rotura de dique que dejó descontrolada la riada permitiéndole anegarlo todo a su paso. Esto es lo que viene a decirnos quien se retrata como un disidente a la izquierda del diablo y a la derecha del paraíso, y que afirma escribir «desde una continua enajenación de las experiencias propias y una múltiple apropiación de las experiencias ajenas».

La sal, utilizada por los antiguos para sellar las ciudades arrasadas, con sus resonancias bíblicas –Sara, la mujer de Lot, convirtiéndose en estatua de sal–, y comparada por el propio autor con el libro de arena de **Borges**, es aquí la sal del Atlántico poniendo de manifiesto la cercanía, la atracción de los polos opuestos: «Si algo he aprendido en mis itinerarios, es que no basta con escapar de la guillotina de la revolución; es necesario, además, evadir la silla eléctrica de la democracia».

Con la alquimia de la sal diluye y moldea este autor su mundo. Tomando ejemplos de su propia experiencia, de la realidad cotidiana o de los titulares de los periódicos –la muerte en la silla eléctrica en una prisión de Florida del cubano **Pedro Medina** o el idilio del también cubano **Carlos León** con la cantante **Madonna**– va devanando una existencia que es la suya y es la de todos, un mundo en el que se mezclan el saltador **Sergey Bubka** o el futbolista **Pedja Mijatovic** con **Sartre** y **Lyotard**, yaciendo así en armonía las contradicciones de la vida cotidiana –deportistas que cambian de patria o se quedan sin ella– con las profundidades filosóficas de la posmodernidad.

Bilis balcánica

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Hay libros escritos contra personas, contra naciones, contra ideas, contra religiones, contra culturas, incluso contra épocas históricas. Pero un libro escrito contra Todo, con mayúscula inapelable, no es sencillo de encontrar. Así que, si por azar, indagando en la urgente mesa de novedades, se tropiezan con un volumen titulado **Guía de Mongolia**, firmado por **Svetislav Basara** y publicado por Minúscula, deténganse, pónganse los guantes contra el contagio y, por favor, léanlo.

Guía de Mongolia
Svetislav Basara
Minúscula 2010

Guía de Mongolia, como su exótico rótulo pareciera sugerir, no es una Baedeker al uso. Tampoco esconde un dietario bucólico, un reportaje de naturaleza, un tratado filosófico, una novela costumbrista o un compendio de demonología, aunque por sus páginas se paseen **Charlotte Rampling**, oficiales del Ejército Rojo convertidos en lamas, la egregia figura del camarada Tito, los constructores de la torre de Babel y el mismísimo **Nietzsche**. Yo diría que **Guía de Mongolia** es un exabrupto de bilis balcánica, si es que semejante subgénero médico-literario existe.

El odio y la rabia, que suelen conducir en la vida práctica a la parálisis o a la estupidez, resultan en manos de los escritores, que por definición no son entes pragmáticos, magníficos combustibles. Pero, además de este arsenal de ira paradójicamente constructiva, el texto de Basara esconde una muy sagaz reflexión a propósito de qué dirección puede tomar (si es que puede tomar alguna) la literatura contemporánea y qué sentido puede poseer (si es que puede poseer alguno) el hecho de escribir hoy, poniendo el acento sobre una de las certezas más solemnes y antirretóricas de la creación a día presente: la convicción de que la conciencia trágica de la literatura actual es la de una labor que, al quedar expuesta a su insuficiencia y a su imposibilidad, a su incapacidad para aprehender y descifrar el mundo, hace de esta exposición su tema fundamental.

La estatura intelectual de Basara se plasma en la siguiente percepción, que no supone un brindis al sol del autoflagelo, tan caro a cierta literatura ombliguista, sino una poética (y, por extensión, una ética) en toda regla: «El absurdo y el nihilismo representan los puntos de vista más racionales del mundo, si es que aún podemos llamar así a la abyección en la que languidecemos. De algún modo, el nihilismo constituye en nuestros tiempos una suerte de piedad. Ya no se puede saber nada». No es que Basara haga un elogio de la mentira en estas líneas preclaras, que es lo que procuraría un cínico, sino que «la mentira» (el simulacro, añado yo, la cultura de la copia que nos rodea, el eco de un eco de un eco en que se ha convertido buena parte del ser contemporáneo) «se ha ontologizado, se ha convertido en el mismo esse de nuestras triviales existencias», lúcida tesis que condensa la aventura de este libro feroz, cáustico y originalísimo, que, una vez más, por si aún no había quedado claro, niega el veredicto de que el infierno son los otros.

No, Jean-Paul, el infierno es siempre, innegociablemente, uno mismo.